

de la piédad católica. Su historia nos la muestra remontando á los siglos más cerca del nacimiento del Cristianismo. No es una devoción nueva, que espíritus superficiales podrian por este título tener

tentación ; por de pronto para curar á su pueblo de sus inclinaciones profanas, despues para poner á prueba su fidelidad : *Ut tentem eum utrum ambulet in lege mea an non*. No es, casi palabra por palabra, lo que nos dice mi texto sobre la Eucaristia : *Tentat vos Dominus Deus vester, ut palam fiat utrum diligatis eum an non*. Queda pues probado que Dios es tentador, tentador durante el Carnaval, tentador por su sacramento, y tentador con el objeto de poner á prueba nuestro amor. Pero, cuál es la eficacia de esta tentación ? es hacer conocer publicamente si la fé es más poderosa en nosotros que la vista, ó si estamos subyugados por el atractivo de lo que no se vé..... Pocos dias despues, los Hebréos volvieron á échar de menos lo que comian en Egipto ; disgustados del maná, exclamaban : *La vista de este alimento nos subleva el corazón*. Num. xxi, 5. Es ése, de todos los pasajes de la Santa Escritura, uno de los más difíciles de comprender. El maná, segun el mismo texto sagrado, contenia en si todos los sabores deséables : *Deserviens uniuscujusque voluntati*. Sap. xvi, 21. Si, no solamente de plato á plato, sino de bocado á bocado, podia cambiar de gusto ; si los Hebréos se sentaban en una mesa que, mejor servida que la de Faraon, les ofrecia los sabores de todo lo que nada en la mar, vuela en el aire, ó vive en la tierra, cómo podrian cansarse de semejante regimen ? Hé aqui la verdadera y literal razon : el disgusto del maná venia, no del paladar, sino de los ojos. En este alimento caido del cielo, los Hebréos saboreaban lo que querian ; pero lo que ellos véian, no era más que el maná : maná para la comida, maná para la cena ; maná hoy, y mañana todavia maná, y siempre maná. Y cómo la variedad, tán grande para el paladar, era nula para la vista, los ojos se disgustaban. Son los mismos Hebréos quiénes lo confiesan : *Nuestros ojos, dicen, no vén otra cosa más que maná*. Ibid. Y cómo no veian más que el maná, y á causa de esto mismo no veian el contenido, de allí nacia su disgusto, y échar de menos las cebollas de Egipto. Oh ! maná divino, verdadero pan del cielo ! nosotros creemos y confesamos que, bajo los accidentes, están contenidas todas las dilicias del alma ; pero *anima nostra nauseat super cibo*, porque *nihil respiciunt oculi nostri nisi man*. Tál fué la tenta-

por sospechosa y tambien censurar ; por el contrario es muy antigua, y no há hecho más que desenvolverse con el transcurso del tiempo. En cuánto á los motivos de su institucion, todos responden á las nece-

cion por la cuál Dios probó antiguamente al pueblo isráelita, dándole el maná : *Ut tentem eum*. Tál es la tentación por la que Dios hoy prueba, en su Sacramento, al pueblo católico : *Tentat vos Dominus Deus vester* ; y, cómo antiguamente los Hebréos, casi todos hoy cedemos á esta tentación, porque la mayoría de nosotros prefiere las orgias profanas á las suavidades del pan celestial. De esta gran sinrazon, no menos lamentable en nosotros que en los Hebréos, viene la razon de que, si estos no véian más que el maná, nosotros, cristianos, no vémos más que blancas apariencias : *Nihil respiciunt oculi nostri nisi man*. Oh debilidad de nuestra fé ! oh ceguedad y tirania de nuestros sentidos !.... Deséando Moises ver á Dios, le rogó que le mostrára el rostro : *Ostende mihi faciem tuam*. Exod. xxxiii, 13. El le respondió que era cosa imposible en esta vida : *Non videbit me homo et vivet*. Y qué creéis que hizo entonces Moises ? No nos lo dice en su historia, pero San Pablo nos lo refiere por él en estas grandes palabras : *Invisibilem tanquam videns sustinuit*. Hebr. xi, 27. Defraudado Moises en su esperanza de ver á Dios, se indemnizó haciendo lo que hubiéese hecho si lo hubiera visto. Qué hubiéese hecho Moises, si hubiéera visto á Dios ? siempre hubiéese tenido los ojos fijos en él, sin jamás distraerse en su presencia ; y éso mismo que hubiéera hecho si lo hubiéese visto, no cesó de hacerlo sin verlo : *Invisibilem tanquam videns sustinuit*. Es asi cómo Moises prueba su amor : *Ut palam fiat utrum diligatis eum*. El divino Sol permanece invisible para probar si, sin verlo, le somos tán fiéles, cómo si lo viéramos : *Invisibilem tanquam videns*. Qué no se imagine amar á Jesucristo, cualquiera que no hace más caso de su presencia invisible que de todo lo que se vé ó puede verse en este mundo..... Amar y ver, es la bienaventuranza ; amar sin ver, es el amor... David, arrastrado por su ardor guerrero, aconsejaba á Dios descubrir sus facciones para reinar en todos los corazones, y de la belleza de su rostro hacerse una poderosa espada : *Accingere gladio tuo super femur tuum, Potentissime. Specie tua et pulchritudine tua intendente, prospere procede, et regna*. Pero, del mismo modo que David no habia querido armas de Saul, Cristo no quiso tampoco las armas que le pro-

sidades de la circunstancia, estando destinada esta solemnidad, cómo hemos visto, á desviar á los fieles de los desordenes del Carnaval que se celebran en este momento; á apaciguar la colera de

ponia David; y, mientras que el mundo hace una pomposa exhibicion de las más brillantes seducciones, él encierra en una pequeña hostia todos los tesoros de su belleza, esperando de nuestra fé que, aunque sea invisible á nuestro ojos, todos le daremos pruebas publicas de nuestro afecto y de nuestro amor: *Ut palam fiat utrum diligatis eum.* — Tal es, cristianos, la tentacion por la cuál Dios nos prueba, tentacion muy digna del poder y de la bondad de semejante tentador: *Tentat vos Dominus Deus vester.* A nosotros corresponde ahora sufrir dignamente la prueba ó faltar cobardemente; á nosotros el ir á aumentar las filas de tantos ciegos partidarios del mundo, ó quedar en el numero de esos corazones que, menospreciando la locura de este siglo, hacen publicamente profesion de permanecer unidos á Jesucristo: *Ut palam fiat utrum diligatis eum an non.* Se trata para vosotros de un si ó de un nó. Hasta aqui la cuestion no há sido resuelta, á vosotros corresponde resolverla..... Dios tentó á Abrahán para probar su amor: son los mismos terminos de la Santa Escritura: *Tentavit Deus Abraham.* La tentacion era muy terrible, puesto que exigia el sacrificio de Isaác, el hijo amadisimo; este sacrificio, prueba cruel para Abrahán, era una grande enseñanza para nosotros. Isaác significa *reír*; y aunque la cosa parezca graciosa, no lo es menos todo asunto de nuestra tentacion; porque es este *reír* que Dios nos ordena sacrificar, es San Bernardo quién nos lo dice: cuando ordena á Abrahán que sacrifique á Isaác, le pedia el sacrificio de su hijo; cuándo nos ordena sacrificarle nuestro Isaác, nos pide el sacrificio de nuestro *reír*: *Dicitur tibi ut inmoles Isaac tuum, Isaac enim interpretatus risus.* Todos, cómo Abrahán, somos tentados por Dios, que pone asi nuestro amor á la prueba: si los hay quiénes se sienten prontos á sacrificar su Isaác, que sigan á Abrahán sobre la montaña y le imiten; pero por de pronto, que observen cuál fué la generosidad de este gran corazon. « Oh! terrible espectaculo, exclama San Basilio de Seleucia, en el corazon de Abrahán, uno contra otro luchaban dos amores, ambos grandes, ambos fuertes, ambos dificiles de vencer, el amor de Dios y el amor á Isaác. En favor de Dios estaba la fé, en favor de Isaác la naturaleza; en medio de estas dos afecio-

Dios, provocada por estos mismos desordenes; á compadecer el anonadamiento de Nuestro Señor en su sepulcro, representado por la divina Eucaristia, expuesta á nuestras adoraciones en los altares; por ultimo, á prepararnos para la penitencia de la Cuaresma. Séamos asiduos á los ejercicios de esta solemnidad. Que sean nuestras puras delicias, en estos dias de placeres groseros. Váyamos á

nes poderosas, Abrahán permanecia cómo juez, y la resolucion era con la espada que debia dictarla. » Tal es el debate que tu mismo, cristiano, tienes que decidir hoy: *Utrum diligatis eum an non.* Si verdaderamente amas á Dios, Isaác debe morir; si Isaác vive, tu no amas á Dios. El cielo y la tierra esperan tu decision. El juez eres tu; dicta la resolucion. Qué dices? es si ó es nó? — Ah! fieles, pareceme vér en cada uno de vosotros un otro Abrahán que, el brazo levantado y la espada desnuda, está dipuesto á inmolar este Isaác, no inocente, sinó muy culpable y digno de no vivir, sino de morir de una vez y para siempre. Muera, muera Isaác, y que viva Jesucristo! viva el Santisimo Sacramento! Pero qué es esto? Hé aqui que sobreviene, no un angel del cielo cómo para Abrahán, sinó un angel del infierno que, en nombre del mundo y de vuestras pasiones, os grita que os detengais, os contiene el brazo y os hace caer la espada de las manos... Acordádos de las palabras que os dirige á todos muy particularmente el Señor aqui presente: *Ubi cumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ.* « Alli en dónde estará mi cuerpo, se reunirán las aguilas. » *Corpus in altari, aquilæ vos estis,* nos dice San Ambrosio. Pero que nadie aqui se tenga por una verdadera aguilas, si, al pie de este altar, no sabe dár pruebas de una mirada penetrante y de un ardiente amor. El aguilas de la naturaleza prueba á sus hijos exponiendolos á los rayos del sol: el Aguilas divina prueba los suyos por el profundo misterio de un sol completamente eclipsado. Que vuestros ojos, cristianos, hagan á Dios el sacrificio de todo lo que se privarán de ver en estos dias, y por ahí vuestra generosidad, en un sentido, será superior á la de Abrahán. Cuándo Dios mandó á este que sacrificase á Isaác, le dijo: *Vade in terram visionis, atque ibi offeres.* « Anda á la tierra de la vision, en la tierra en dónde me véas, y alli me ofrecerás el sacrificio. » Y hacer un sacrificio á Dios en dónde se le vé, no es maravilla; pero hacerlo en

la iglesia, huyamos de las locuras culpables del mundo, rogando al Señor que perdone á los malos, y dispongamosnos á los graves pensamientos y á los deberes de la Cuaresma. Así responderemos á todas las intenciones que se há propuesto la Iglesia, al instituir estos ejercicios, y estemos seguros de que nuestra piadosa diligencia será fecunda en frutos de salvacion. Así séa.

DE LAS CUARENTA HORAS

SEGUNDA INSTRUCCION

Con qué sentimientos se debe tomar parte.

I. Con confusion. — II. Con reconocimiento. — III. Con espíritu de expiacion. — IV. Con confianza.

La solemnidad de las Cuarenta Horas, para cuya celebracion estamos réunidos en este momento, es seguramente una de las más conmovedoras y de las más saludables entre todas las que el curso del tiempo nos trae cada año. En efecto, es facil comprender que há sido instituida tanto para alejar á los fieles de las diversiones criminales de estos tiempos, cómo para apaciguar la colera de Dios, excitada por estos mismos desarreglos, y pedir perdon por los culpables. Y una devoción que se propone fines tán excelentes es necesariamente conmovedora y saludable. Sin embargo, tán buena y tán perfecta cómo séa en si misma esta devoción, no vale más que por los sentimientos con que se practica. Qué cosa más exce-

dónde no se le vé, en éso está el merito, y tál será el de vuestro sacrificio. Si no ver á Dios aquí presente, es la tentacion por la que nos prueba: *Tentat vos Dominus Deus vester*; no verle y amarle, no verle y acompañarle, que tál séa la prueba publica y manifiesta de vuestro amor: *Ut palam fiat utrum diligatis eum an non.* (Vieyra, *Sermones*, sermon predicado en Roma, en 1674, durante las Cuarenta Horas).

lente que la santa comunión? Sin embargo, no produce ninguno de los efectos que le son propios, si se comulga sin las disposiciones exigidas. Lo mismo sucede con las Cuarenta Horas, que no realizan los motivos de su institución, más que en cuánto se toma parte con los sentimientos convenientes. Hé aqui porque me propongo hablaros de estos sentimientos en la presente plática. Y digo que, para que las oraciones de las Cuarenta Horas séan verdaderamente saludables y réalicen el objeto para que han sido instituidas, debemos asistir: en primer lugar, con confusion; en segundo, con reconocimiento; en tercero, con espíritu de expiacion; y, por ultimo, en cuarto lugar, con confianza. Es lo que voy á explicaros en pocas palabras.

I. — *Debemos tomar parte en las Cuarenta Horas con sentimientos de confusion.* — Qué somos nosotros, cristianos, y qué venimos hacer al pie de los altares? Qué somos? Somos pecadores, y venimos aquí á pedir favores y gracias para otros pecadores, de los cuáles somos hermanos. Y cualquiera que pide favor por alguno, debe hacerlo con temor, humildad y confusion, porque ése sustituye al culpable; y ocupando su lugar, está obligado á tomar también sus sentimientos. Si el culpable mismo pidiéra su gracia, no és évidente, que al hacerlo deberia estar avergonzado y confuso, puesto que testimoniaria, por lo menos, de esta manera su arrepentimiento, y se haria digno de obtener su perdon? Pero aun cuándo uno séa inocente, se debe testimoniar cierta confusion también, cuándo se atreve hacer el intercesor por un culpable, aun se está unido por los lazos de la sangre, y se es culpable, aunque no de una manera tán grave. Pues bien, tál es en este momento nuestro caso. Culpables nosotros mismos de una multitud de faltas, quizás de faltas enormes, y estando en todo caso ligados con los vinculos de la sangre y de la naturaleza con los que se habitan con las locuras criminales del Carnaval, venimos á pedir gracias á Dios para ellos. Cuál no debe ser nuestra confusion! Porque qué tristes abogados hacemos, y qué poca atención merecemos que Dios conceda á intercesores que tienen tanto de que hacerse perdo-